

# Mujer y Paz

**Olga Morales**  
**Gasteiz (Euskadi)**

A esta guerra electrónica de ordenadores y preciosos artilugios para matar, a esta guerra sin sangre, vistosa «como un árbol de NAVIDAD», sólo le faltaba una imagen femenina que aumentara, aún más si cabe, esa impresión de guerra light que tan afanosamente quieren transmitirnos.

Desde la portada de un diario nacional hemos podido ver cómo cinco mujeres, rifle al hombro, parecen extremarse para futuras batallas; una página más adelante es la fotografía de una mujer soldado que retoca sus labios, mientras un fusil descansa, dulcemente, en su pierna. Por último, y ya en contraportada, Melissa Nolly, la marine norteamericana hecha prisionera por los iraquíes, nos sonrío como si de un anuncio de colonia se tratara.

Algo importante está pasando para que tan prestigioso periódico nos dedique tres fotografías, nada menos, en un solo día.

En tiempos no tan lejanos, la absoluta desconexión entre las mujeres y el poder, en todas sus variantes, alcanzó su punto álgido en la época de las guerras. Las mujeres, esposas y madres, en su calidad de no combatientes, se mantenían alejadas del escenario bélico, teniendo a su cargo el cuidado de la familia, mientras los hombres consagraban su vida a la defensa de la patria.

En épocas posteriores, las mujeres ya habían comenzado a incorporarse al trabajo asalariado, dejaron su tradicional ocupación en el hogar para sustituir en las fábricas a los heroicos combatientes; su incorporación directa al frente no fue sino una prolongación de su rol social: cuidado y atención de los heridos.

Así pues, a la memoria histórica del género femenino le ha sido ajeno el mundo de la guerra. Pero esta tradicional separación de las mujeres de la cultura bélica parece estar rompiéndose: 28.000 norteamericanas, aproximadamente un 8 por 100 del total de los efectivos presentes en el Golfo, están en estos momentos al pie del cañón.

Expertos y entendidos en la materia pretenden «vendernos» esta participación como un paso adelante en la lucha por la igualdad, confundiendo, quién sabe con qué intenciones, una alternativa de liberación con una incondicional rendición a esa cultura, tan ajena, de misil y lanzallamas.

Al reclamar, como colectivo social, la desaparición de las desigualdades entre los sexos, no estamos proponiendo abjurar de nuestra propia identidad para correr a copiar, acríticamente, los modelos sociales de comportamiento masculino. La asociación que nos une al mundo de la vida es un valor del que nos sentimos orgullosas y al cual no estamos dispuestas a renunciar.

Llegadas a este punto, nos parece muy importante precisar que no creemos en eso que se ha dado en llamar «esencias femeninas», propias de la naturaleza innata de las mujeres o consecuencia directa de la biología. Si examinamos la gran variedad de modelos e ideales femeninos que han existido y existen en las sociedades presentes y pasadas, no

podemos sino incluir que las tan mitificadas esencias no son más que construcciones sociales que se transforman y adecuan según las épocas históricas.

No partimos, pues, de determinismos biológicos ni de posturas esencialistas para pronunciarnos por el desarrollo y extensión de la no violencia como método de transformación social.

Al reclamarnos partidarias de métodos que destierren la guerra y el exterminio físico del «otro», estamos reivindicando la memoria de aquellas sufragistas que en 1915, con la creación de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (WILP), unieron dos movimientos que se sentían virtualmente vinculados: el movimiento feminista y el movimiento pacifista.

Aunque silenciada por la historia «oficial», esta unión del pacifismo y el feminismo ha seguido hasta nuestros días (recordemos los campamentos de la paz de Greenham Common) como expresión de la voluntad política de las mujeres de mantener un discurso específico e innovador.